

La invasión ha comenzado

Pablo Álvarez Almagro

A Rocky Ericsson

QUERIDO ANDRÉS:

¿Cómo estás? ¿Qué tal estas últimas semanas? Ten paciencia, que ya casi has cumplido, y créeme, cuanto más desapercibido pases, mucho mejor. Mi hermano, por hacerse el listo, siendo un Jeremías, cumplió quince días adicionales de arresto. Sin más preámbulos, paso a resumirte mi reciente viaje a Madrid, del que estarás deseando tener noticias. El día acordado llegué a la estación de Chamartín a eso de las nueve de la mañana, después de casi diez horas de viaje y un sinfín de eternas paradas. Desayuné un café con leche con dos churros que me costó la bestialidad de doce pesetas, pero pude al menos preguntarle al camarero la mejor manera de llegar al circo Price. Quedaban casi tres horas para la actuación, así que me dispuse a revisar el material. La cámara de super 8, los seis rollos de película, el guión, el equipo portátil de audio, las notas... lo tenía todo preparado para filmar el concierto. El Price está en la plaza del

Rey, lejos de la estación, así que cogí el famoso metro que tantas veces hemos visto en el Nodo. Ya sabes que es un agujero sucio y ruidoso. Asusta un poco. Aun así me pareció un lugar muy cinematográfico, con mucho movimiento. Parece un hormiguero, y los madrileños lo recorren a toda velocidad camino de sus trabajos, sin hablarse los unos a los otros. Aunque había poca luz, decidí hacer unas tomas de la gente en los vagones, pero al poco de arrancar apareció un uniformado y decidí dejarlo estar, temiendo que fuese a pedirme la documentación y tuviese algún problema. Andrés, en Madrid hay guardias por todos los lados. Una vez que hube llegado a la plaza del Rey me entretuve haciendo contrapicados de los edificios, para contextualizar, mientras esperaba a que fuese llegando el público, confiando en arrancarle unos planos a los rockeros y yeyés de la capital. No podía dejar de preguntarme, sé que te parecerá ridículo, ¿habrá en Madrid beatkins, como en San Francisco? ¿Vendrán hoy? En realidad, ellos escuchan jazz.

Hacia las once se abrieron las puertas y entramos todos, no sin antes pasar por delante de unos agentes de la policía Armada que nos miraban a todos con desconfianza. Parecían estar esperando a la mínima oportunidad para tirar de cachiporra, y mientras aguardaba mi turno pensé que me iban a ver el equipo y que me

iban a llevar *palante*, tú ya me entiendes. ¿Sabes lo que le pasó a Mariano, el primo de Ana la de Jacinta, a la salida de las Ventas cuando los Beatles, no? Estuve a punto de salir de la cola y darme la vuelta, y ojalá lo hubiese hecho, pero tenía tanto miedo que ni de eso fui capaz. Así que esperé mi turno y pasé, sin que nadie me preguntase nada más que por mi boleto. Una vez dentro elegí una buena posición para poder grabar la actuación de un modo discreto, sin llamar la atención. Los Diablos Rojos, que fueron los primeros en salir, me gustaron, pero no son nada originales, y la verdad, es como si no se hubiesen enterado de nada de todo lo que ha estado pasando en la música en estos tres últimos años. Tengo que reconocer que sonaron bastante alto y que animaron mucho al respetable. Los Sirex, como en los discos, y no digo más, porque ya sabes que a mí no me gustan demasiado. Pero lo realmente impactante estaba aún por llegar. La tercera actuación de la mañana fue la de un grupo que yo no conocía y que no aparecían en el programa, Los Guardianes del Séptimo Sello. Impresionante Andrés. Ni te lo imaginas. No sé cómo explicarte el impacto que me causó, que nos causó a todos los presentes, la aparición en el escenario, surgida como de la nada, entre un denso humo verde, de esta banda. El grupo lo forman cinco tipos increíbles. El vocalista tiene el aspecto de un

gurú, y se contonea espasmódicamente en el escenario mientras toca la guitarra. La canción que interpretaron se llama «La invasión ha comenzado», y es un tema sicodélico que suena a los Doors, que recuerda a Hendrix, que impacta como si fuesen los Who, y que sin embargo no se parece a ninguno de ellos porque es absolutamente original, y cuyo estribillo te transcribo:

La invasión ha comenzado,
Tú aún no lo sabes,
Pero pueden ser tu vecino,
Tu jefe, o tu hermano.

La invasión ha comenzado,
No te fíes, policías, políticos y empresarios,
No es que sean unos amargados,
Sencillamente es que son venusianos.

Además del vocalista, hay un músico que toca el sitar hindú, otro que es un virtuoso del órgano Hammond, un bajista y un batería. No daba crédito, Andrés. Ni yo ni nadie de los setenta u ochenta que allí estábamos. Aquello era... demasiado. ¿Quién podía soñar con un grupo así? ¡Y la letra, tan... revolucionaria! Imagínate, una actuación que ni en nuestras mejores fantasías hubiésemos soñado grabar, ¡y lo tenía todo en nuestro negativo! Aquello era tan alucinante que

MIERDA DE MP3, ¿QUÉ coño pasa ahora? ¿Por qué no puedo cambiar de carpeta? Me tenía que haber comprado el rosa, aunque era muy pijo, y seguro que Carlos se hubiese reído, ¿dónde está la de U2? Soy tonta. Lo pago yo y es para mí, así que qué diablos importa lo que piense él. Además yo no me meto con sus camisetas, y con esas camisetas de fútbol que lleva no se puede dar consejos estéticos a nadie.... Carlos, ya son las once, ¿dónde lo he guardado? Tengo que comprarme otro móvil. Y otro bolso. El viernes puedo llamar a Silvia y podemos ir a Fuencarral..., aquí está. Carlos, cari... que no me salte... ¿Carlos? Soy yo. ¿No me oyes? Es que estoy en el ascensor, espera que ya salgo... ¿ahora mejor? En la revista, sí, he ido antes a la facul y ahora tengo que terminar unas cosas y ver al jefe..., no lo sé, aún no he llegado, estoy en la puerta, ¿quedamos luego, como a las ocho...? Es verdad, el entrenamiento, ¿a qué hora sales? Bueno, llámame. Un beso. Te quiero, adiós. Mierda de fútbol. Ay, se me mete la braga por el culo... Eso es que he engordado. O hago algo de deporte ya, o me volveré una foca antes de los veintio-

cho. Espero que no salga nadie justo ahora... ya. Debería comprarme más tangas. Je, a Sara le pillaron los de seguridad por una cámara de vigilancia colocándoselo en el ascensor del ABC, y le dio tanta vergüenza que ya no volvió más, ja ja. Lástima de beca. ¡Quién la pillara! El ABC. Ya está otra vez ese olor, ¿con qué fregarán la escalera?

—Llega tarde, señorita Watergate.

—Es que he pasado por la facultad. ¿Ha vuelto el jefe? Me encanta tu falda.

—Gracias, guapa. Es de las rebajas. Está en su despacho, esperándote.

—Luego te cuento.

Mierda, Víctor. Alguien debería ocuparse de regar estas plantas, a Marisa se le olvida siempre. ¿No me dejaría ayer encendido el ordenador, otra vez? No, lo apagué...

—Hola Víctor. ¿Qué tal?

—Luis quiere verte. Pasa sin llamar.

—Oye, ¿tú crees que será un buen momento para pedirle que me haga un contrato?

—Tú entra, que ya te enterarás.

Cabrón. No sé qué coño le he hecho yo, además de comerme todos sus marrones y sacarle adelante media revista todos los meses por trescientos euros.

—¿Se puede?

—Pasa, Berta.

Ese olor... ¿Loewe? Ha cambiado de colonia. Y se ha vuelto a teñir.

—Hola Luis.

—Siéntate, Berta.

¿Me ha mirado las tetas? No, no creo...

—¿Qué tal el congreso?

—Bien. Lo que pasa es que en Transilvania hace muy mal tiempo en esta época del año. Vengo jodido del reuma.

—¿Algo interesante?

—Bah. Un científico letón que asegura tener nuevas pruebas irrefutables de la existencia de los vampiros y poca cosa más. He leído tu reportaje sobre las vírgenes de Tribulete.

Ahí quería llegar yo. Ya te tengo, avaro.

—¿Te ha gustado? Parece mentira que una patraña tan mal montada haya podido estar en el candelero tanto tiempo. La misma dueña del piso, ayudada por su hijo retrasado, era la que de noche pintaba esas siluetas de la virgen en las paredes con ceniza de cocina mezclada con betún.

—¿Y cómo lo averiguaste?

—Fue Marcos, su hijo, el «artista», el que me lo contó. La verdad es que no necesité demasiado, en cuanto le di algo de palique me lo soltó todo. Incluso me enseñó dónde pensaba pintar la siguiente virgen esa misma noche.

—¿Sí?

¿A qué viene esa cara? Me lo dijo porque se le caía la baba mirándome las medias, y yo me aproveché de su total carencia de afecto femenino. Sólo con sonreírle y mirarle a los ojos ya estaba decidido a contarme todo lo que yo quisiese escuchar. Abusé de su estupidez, de la de un disminuido psíquico, ¿es que hice mal? Se supone que es mi trabajo...

—Sí. Y al día siguiente allí apareció una nueva virgen, justo dónde él me dijo que la pintaría. Luego me enseñó los pinceles que utilizaba...

¿Qué hace con la revista?

—Te cito textualmente: «La tozuda realidad se ha impuesto una vez más, destapándose lo que no era más que un burdo engaño que sólo podía embaucar a mentes crédulas. Lo realmente asombroso de esta historia es la candidez de tanta gente que han pensado que verdaderamente estábamos ante un milagro».

Jódete. No te va a quedar más huevos que pagarme más, o me marchó con Iker Jiménez.